

José M. Faraldo

Alianza editorial

La Revolución rusa: Historia y memoria



José M. Faraldo

La Revolución rusa: Historia y memoria

Índice

Prefacio

1. El estallido
 2. ¿Qué fue la Revolución rusa?
 3. Un cataclismo interminable
 4. Desarrollo y atraso
 5. El comienzo de Febrero
 6. El nuevo poder político: el Gobierno provisional
 7. El nuevo poder socialista: los sóviets
 8. La Revolución más allá de la capital
 9. El soporte popular de la Revolución
 10. La consolidación de la Revolución y su fracaso
 11. El golpe de Estado bolchevique
 12. Hacia la guerra civil
 13. La construcción política del nuevo Estado
 14. La construcción económica del nuevo régimen
 15. La construcción de una nueva cultura
 16. Interpretar la Revolución rusa
 17. La memoria de la Revolución
 18. Consumaciones
 19. El final
- Créditos

A Carolina

Los futuros historiadores de la Gran Revolución Rusa, si quieren escribir una historia real y no una mera recopilación de hechos, deberán basarse en las impresiones y reacciones de aquellos que han vivido la Revolución Rusa, que han compartido la miseria y el trabajo del pueblo, y de aquellos que realmente participaron o presenciaron el panorama trágico en su desarrollo diario.

Emma Goldmann (1921)

Prefacio

Este libro es en parte síntesis, en parte interpretación y aún también fragmentos de investigación propia. He intentado en él usar fuentes y testimonios que no sean muy conocidos para evitar la banalidad de lo trillado y, también, porque creo que la importancia de la experiencia de la Revolución va mucho más allá de las vidas de los dirigentes victoriosos de Octubre. Es un libro breve, pero parte del material es muy novedoso: las interpretaciones se basan a menudo en los trabajos de investigación más recientes, utilizando con preferencia fuentes rusas, entre otras. Por el tipo de obra, pensada para bolsillo, he renunciado a citar consecuentemente e incluso a multiplicar las referencias a la abundante bibliografía que he utilizado. Cito también pocos –aunque escogidos– documentos de archivo.

Comencé a ocuparme de Rusia –y de la Unión Soviética– en 1986, apenas comenzada la época de la *perestroika*, cuando yo era un estudiante de primer año en la Universidad Complutense de Madrid. Por entonces, la URSS no era para mí más que el país de los campos de concentración, del terror estalinista, de la ocupación de Afganistán y de la prohibición de viajar al extranjero. La televisión nos había acostumbrado a contemplar a aquellos ancianos arrugados e impenetrables, los secretarios generales del PCUS, con sus uniformes militares llenos de insignias indescifrables, que saludaban torpemente desde un balcón los desfiles de misiles y tanques por la Plaza Roja. Era un país muy poco interesante para los hijos de la Transición y la Movida madrileña.

Aquella imagen –aunque por breve tiempo– la cambió Mijaíl Gorbachov con su política de «transparencia» y de

«reconstrucción». Quienes nos considerábamos de izquierdas, pero no comunistas, pensamos que aquel dignatario simpático y sonriente tenía alguna posibilidad de conseguir el cambio sosegado, pero revolucionario en el fondo, de un sistema que había demostrado su incapacidad para mejorar la vida humana. Fue la épica serena de aquella época la que me impulsó a dedicarme a explorar el porqué del fracaso del sistema soviético, de dónde provenía su acumulación de violencia y su autoritarismo cerrado y hosco. Comencé de inmediato a aprender ruso, viajé a Rusia y escribí mi tesis doctoral sobre algunos aspectos de la historia del sistema y su génesis. Luego, otras circunstancias me llevaron a vivir y trabajar durante quince años en Alemania y a aprender a hablar o a leer algunos idiomas que me permitieron trabajar sobre la Polonia comunista, la Checoslovaquia estalinista o la República Democrática de Erich Honecker.

Aunque este libro se ha compuesto a partir de materiales e investigaciones nuevos, algunas páginas remiten a otras publicaciones mías anteriores, en especial, a mi ya antigua tesis doctoral, dirigida por Elena Hernández Sandoica. El ambiente de ebullición intelectual en el que fueron escritas algunas de estas páginas les aporta seguramente un estilo apretado, entrecortado y abierto que creo que se ha contagiado al resto del manuscrito. Entre 1995 y 2000 tuve la suerte de participar en la vida académica de la Cátedra de Europa Oriental de Karl Schlögel en la Universidad Europea Viadrina, de Frankfurt/Oder, al principio como simple *Gaststudent* (estudiante visitante), luego, brevemente, como docente. Pasé también algunos años ligado a la cátedra de Historia Económica y Social de la misma universidad, dirigida por la llorada Helga Schultz, una de las pocas historiadoras de la RDA que dio el salto al nuevo sistema tras la *Wende*, la caída del Muro. Eran tiempos, antes de la era Putin, en que los archivos rusos estaban abiertos casi por completo. La historiografía alemana, que gozaba

de una sólida tradición de estudios sobre Europa Oriental, aprovechó bien el momento y extrajo de aquella irrepetible circunstancia una serie de excelentes trabajos sobre la URSS de Lenin y Stalin.

Schlögel, uno de los responsables del cambio de lindes en la ciencia histórica alemana de entonces, supo atraerse a quienes en aquel momento estaban abriendo puertas a métodos, fuentes y aproximaciones teóricas apasionantes. A los coloquios de la Cátedra acudían los mejores especialistas del mundo, los doctorandos más brillantes, los investigadores que estaban revisando con atrevimiento y frescura las ideas preconcebidas sobre una revolución que parecía definitivamente dispuesta para ser sometida al análisis histórico. La proliferación de nuevas fuentes coincidió con la explosión de los nuevos métodos. Aprendimos mucho acerca de las concretas formas de vida de los seres humanos que poblaron el país del estalinismo. Nuevos objetos de estudio se abrieron paso, más allá de la mera política, aun cuando también el Politburó desveló parte de sus secretos. La «década memorable» –como la llamaron algunos historiadores– produjo una avalancha de estudios sobre la instauración del sistema soviético y sus consecuencias. Ahora sabemos mucho más también acerca de su fracaso. De aquel ambiente, tan irrepetible, se benefician las páginas que aquí presentamos.

En los últimos años trabajé –entre otros– con los documentos del Sovnarkom (el primer gobierno leninista) cuyos microfilms, procedentes de los archivos de la Federación Rusa, se conservan en la Hoover Institution, en la Universidad de Stanford, California. A las archiveras de allí mi más sincero agradecimiento.

Agradezco a Cristina Castrillo y a Javier Setó, de Alianza Editorial, su iniciativa a la hora de escribir este libro; a Javier, además, le agradezco su paciencia infinita con mis retrasos. Quiero mencionar también aquí a mis amigos y co-

legas Karl Schlögel, Olga Ilyukha, Gábor Tamas Rittersporn, Amir Weiner, Stephen Kotkin, Thomas Lindenberger y Krzysztof Persak por su ejemplo, por sus consejos o por sus comentarios. En especial, mi buen amigo Xosé M. Núñez Seixas tuvo la paciencia de revisar el manuscrito página a página, señalándome inconsecuencias y errores, lo que le agradezco de todo corazón. No hay que decirlo, cualquier fallo es sólo responsabilidad mía.

Este libro en parte ha sido impulsado por el proyecto del MINECO «Collapsed empires, post-colonial nations and the construction of historical consciousness. Memory infrastructures since 1917» (Ref: HAR2015-64155-P), a quien agradecemos la financiación del grupo de investigación.

Las transcripciones del cirílico han sido realizadas siguiendo métodos académicos, pero algunos nombres comúnmente aceptados se han dejado en su forma habitual en España. Las fechas de los acontecimientos están, por lo general, puestas en el calendario juliano, utilizado en Rusia en la época y que va trece días por detrás del gregoriano, que utilizamos hoy día.

1. El estallido

A Alexander Fedorovich Kerenski le despertaron el 27 de febrero de 1917 a las ocho de la mañana para decirle que la Duma, el parlamento ruso del que él formaba parte, había decidido, contraviniendo al zar, prorrogar sus sesiones. La Duma estaba asumiendo a la vez la legitimidad del Estado, desplazando al monarca y abriendo un proceso de transformación política. Kerenski se enteró también del levantamiento de un destacamento de soldados en Volinski y del asesinato de dos oficiales, pasos iniciales de una violencia que devendría revolucionaria. Kerenski se vistió y se echó a la calle. No volvería a su casa en los cinco días siguientes¹.

Lejos de allí, Vladimir Ilich Ulianov, un exiliado ruso que vivía por entonces en Zúrich, antiguo conocido de Kerenski, se sintió de inmediato nervioso ante las noticias que llegaban de Petrogrado². Aquello no cuadraba con sus cuentas. Unas semanas antes había estado hablando ante unos obreros socialdemócratas suizos y había afirmado durante el mitin que «nosotros, los viejos, no viviremos para ver las batallas decisivas de la próxima revolución». Sin embargo, el exiliado, que se hacía llamar «Lenin» y que no era tan viejo pues solo tenía 47 años, al enterarse de los acontecimientos –que el zar había abdicado, que un Gobierno provisional de representantes de la Duma había tomado el poder y que los obreros y soldados habían formado consejos como en 1905– se lanzó a buscar desesperadamente la forma de regresar a Rusia. De repente, la principal preocupación de todos los exiliados revolucionarios era el retorno a su país³. Se formó un comité especial en el que participa-

ron no sólo los bolcheviques –el partido de Lenin– sino también otros partidos y grupos, como los mencheviques internacionalistas (socialdemócratas que estaban contra la guerra mundial) y los anarquistas. Al final, con la ayuda de los socialdemócratas suizos, Lenin, y otro buen número de revolucionarios exiliados, aceptaron la oferta del gobierno alemán de viajar en un tren sellado. Alcanzaron Petrogrado el 3 de abril.

A Néstor Majno, un anarquista ucraniano que por entonces tenía 28 años y que pronto adquiriría un papel decisivo en los hechos, la Revolución le llegó cuando se encontraba cumpliendo condena a cadena perpetua en la Butírkaia, la prisión central de Moscú. De allí, «convencido de la futura victoria del trabajo libre y de la igualdad y de la solidaridad sobre la esclavitud creada por el Estado y el Capital», salió el 2 de marzo, cuando el nuevo Gobierno concedió una amnistía general⁴. Enseguida contactó con compañeros anarquistas, reanudó su actividad política y acabó por regresar a Ucrania, donde se convertiría en el líder del movimiento campesino y organizaría la revolución antibolchevique.

En febrero del 17, Josif Dzhugashvili, que usaba para su trabajo político el pseudónimo de «Stalin», estaba desterrado en Achinsk, una pequeña ciudad siberiana. Allí, como a todo el Imperio, llegó la noticia de la Revolución a través del telégrafo. Tras la toma del poder en la región por un sóviet local, Stalin se sintió libre para volver a la capital. Acompañado por otros dos bolcheviques desterrados, Lev Kamenev y Vera Schweitzer, el revolucionario georgiano y futuro dictador se encaminó a Petrogrado en el Transiberiano. No llegaría hasta el 12 de marzo, vestido con unas botas de fieltro siberianas y portando una máquina de escribir como casi único equipaje⁵.

También Nikita Jrushev supo de la noticia por telégrafo, y años después recordaría «con cuánta alegría había leído

aquel telegrama»⁶. Jrushev trabajaba por entonces en la siderurgia de Rutchénkovo, en la región ucraniana del Donbas, y soñaba con llegar a ser mánager o ingeniero en la empresa. Al cabo de los años Nikita Jrushev, como secretario general del Partido Comunista soviético, se convertiría en uno de los hombres más poderosos del mundo, dueño y señor del botón nuclear.

Un telegrama fue igualmente el modo en que el Gobierno provisional demandó a Lavr Kornilov, general que sería clave en los hechos del año, para que volviera a Petrogrado. Fue nombrado comandante de la guarnición de Petrogrado y sus ideas «correctas» –en opinión de Kerenski– sirvieron para evitar un baño de sangre durante la Revolución. Meses más tarde, Kornilov se convertiría en el cabecilla del *putsch* fallido que daría paso al triunfo bolchevique⁷.

El telégrafo, finalmente, informó de la noticia al mundo exterior. Leon Davidovich Bronstein, apodado «Trotsky», era uno de los principales líderes socialistas rusos, y por entonces estaba exiliado en Nueva York. Trotsky contaba que

después de un silencio misterioso del telégrafo, que duró unos dos o tres días, empezaron a llegar las primeras noticias de los sucesos de Petrogrado, noticias confusas y caóticas. Una emoción vivísima se adueñó del pueblo obrero de Nueva York, formado por tantas razas. La gente quería, y a la vez temía, esperar⁸.

Trotsky llegaría a Petrogrado en mayo, después de una larga peripecia y una detención en Inglaterra.

Son personajes que llegaron a ser clave, y que más tarde, en el desarrollo de los hechos, fueron tomando posición, marcando su camino. Pero también la noticia afectó de inmediato a personajes menos conocidos, menos decisivos. A gente normal. Como, por ejemplo, a Boris Shebeko, un joven cadete a punto de graduarse. La Revolución había comenzado de forma relativamente poco violenta, al menos en la capital, donde Shebeko había sentido que, en

efecto, la Revolución «había sido bastante suave al principio». Todavía después de los hechos de Febrero, Shebeko fue capaz de entrar en la escuela militar de Pavlovskoe, en Petrogrado⁹. Pero en general, a los cadetes y oficiales en ciernes, como decía otro de ellos, del corpus siberiano, S. V. Markov, «el telegrama de abdicación del zar los golpeó como un rayo. Los cadetes, como un solo hombre, no aceptaron la Revolución»¹⁰.

Otro aspirante a cadete, Sergej Mamontov, había entrado en la escuela militar el 21 de febrero de 1917 y tenía otras preocupaciones en mente:

El 28 de febrero yo estaba sentado en el alféizar de la ventana en una habitación blanca, y memorizaba, lleno de desesperación, los nombres de toda la casa de los Romanov. Iba a ser el primer examen, y tenía miedo de que me pusieran una mala nota.

Eran las 5 de la tarde. De repente por la calle pasó un camión extraño

... y luego otro, completamente repleto de unos soldados desaliñados. Muy extraño. La gente en las aceras también los miró. Se acercó un *junker* y dijo en voz baja que había disturbios en la ciudad. Después de un tiempo, otro dijo que los cosacos, en lugar de dispersar a los manifestantes, fraternizaban con ellos. Luego apareció gente en la calle con unas banderas rojas. En algunos lugares de la ciudad se escucharon disparos. La primera sensación fue la ansiedad. ¿Es posible una revolución? Sobre ella se había hablado durante mucho tiempo, pero nadie esperaba que sucediera. No podía seguir mascullando la lista de los reyes. Un pensamiento ridículo: si había estallado la revolución, entonces no habría examen. Sólo por esto empecé a desear una revolución. ¡Cuán superficial y egoístas son las motivaciones humanas!¹¹.

También con la primera amnistía general salió a la calle Jacob Marschak, un joven de 19 años, hijo de un rico judío de Kiev, al que habían detenido en diciembre por editar un

panfleto contra la guerra. «Un día, en febrero de 1917, un hombre abrió la pequeña puerta a través de la que nos servían la comida y dijo: ¡Marschak! ¡Recoge tus cosas!». Él pensaba que le iban a trasladar a otra cárcel, pero le liberaron. Y es que en la cárcel Jacob no se había enterado del asesinato de Rasputín, ni del cambio de gobierno, ni de la abdicación del zar¹².

Olga Morgan era una adolescente, hija de una aristocrática familia ruso-americana. Tras la muerte del segundo marido de su madre, un conde ruso, la familia se había retirado a un palacete en el campo. Allí la noticia de la Revolución les cogió de improviso. Su madre era, según ella, un poco ingenua y no se había dado cuenta de nada. Lo único que habían notado era que «los sirvientes se habían vuelto un poco desagradables». Luego, una noche, vino un grupo de soldados, les registraron y les robaron una colección de armas antiguas. Así fue como cayeron por fin en la cuenta de que algo estaba pasando¹³.

Era cierto. El gigantesco país se dirigía hacia una convulsión mortal, hacia un salto en el vacío. Para muchos habitantes del vasto Imperio ruso, en especial en las ciudades, aquellos días eran a la vez motivo de incertidumbre y ocasión de esperanza. Ninguno podía imaginarse que estuviera a punto de comenzar un cataclismo que les afectaría a todos y cada uno de ellos. Y a todo un mundo.

1. Semion Lyandres, *The Fall of Tsarism. Untold Stories of the February 1917 Revolution*. Oxford, Oxford University Press, 2013, p. 225.

2. Lenin supo de la Revolución el 2 de marzo (el 15 según el calendario europeo). Vladimir Ulianov, Lenin, *Obras completas*. Madrid, Akal, 1977, tomo XXIV, p. 325.

3. Anatoli Lunacharski, *Vospominaniia i vpechatlieniia*. Moscú, Sôvietskaia Rossia, 1968, p. 144.

4. Néstor Makhno, *Vospominaniia*, vol. 1. Kiev, Ukraina, 1991 [1929], p. 8.
5. Stephen Kotkin, *Stalin. Volume 1: Paradoxes of Power, 1878-1928*. Nueva York, Penguin Press, 2014, p. 173
6. William Taubman, *Khrushchev. The Man. His Era*. Londres, Free Press, 2005, pp. 42-43.
7. A. F. Kerenski, *The Prelude to Bolshevism. The Kornilov Rising*. Nueva York, Dodd, Mead and Company 1919.
8. León Trotsky, *Mi vida* (<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/mivida/23.htm>)
9. Boris Shebeko, *Russian Civil War, 1918-1922, and emigration*. Regional Oral History Office. An Interview Conducted by Richard A. Pierce; Berkeley, University of California, Bancroft Library/Berkeley, 1961, p. 10.
10. S. V. Markov, «Piervuy Sibirskii Imperatora Aleksandra I kadevskii korpus», en Volkov, S. V. (ed.): *Kadety I iunkera v Beloi Borbe i na chuzhbinie*. Moscú, Tsentrpoligraf, 2003, p. 316.
11. Sergii Ivanovich Mamontov, *Pojodi I koni. Vooruzhionnye sily na iugie Rosii. Ianvar-lul 1919 goda*. Moscú, Tsentrpoligraf, 2003.
12. Jacob Marschak, *Recollections of Kiev and the Northern Caucasus, 1917-18*. Regional Oral History Office. An Interview Conducted by Richard A. Pierce; Berkeley, University of California, Bancroft Library/Berkeley, 1971, p. 20.
13. Olga C. Morgan, «Recollections of Russia and Life in Emigration»; an oral history conducted in 1983 by Richard A. Pierce, en *Russian Émigré. Recollections; Life in Russia and California*, Regional Oral History Office, The Bancroft Library, University of California, Berkeley, 1986, p. 14.